



LA PRIMAVERA.

## D. BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

[Conclusión.]

Después de haber tenido en Cádiz algun trato con D. Adolfo de Castro, jóven muy dado á los mismos estudios que él, y tan aficionado á los buenos libros españoles, D. Bartolomé Gallardo se indispuso con este literato á causa de haberlo tenido por un impostor, pues en su opinión habia contrabechado el famoso Buscapié de Cervantes que Castro habia anotado y dado á luz con grande aplauso, si bien algunos como Gallardo dudaban de su autenticidad. D. Adolfo de Castro insertó en el periódico titulado LA ILUSTRACION algunos articulos en que censuraba á Gallardo por su ortografía, y le reconvenia por no haber escrito cosa alguna de importancia en toda su vida, fingiendo unas cartas que le remitia á Gallardo desde el infierno el famoso Luptian Zapata, y últimamente principió á escribir en el mismo periódico la vida de su antagonista en estilo burlesco, tomando con su persona, y cosas el mas incisivo pasatiempo; pero este escrito no llegó á su término, de lo que ignoramos el motivo.

Gallardo, que no creia que D. Adolfo de Castro hubiese hallado el Buscapié, y aseguraba y queria probar que esta obra era supuesta por este, escribió un folleto con este titulo: *Zapatazo á zapatilla, y ó su falso Buscapié un puntillazo*, juguete crítico-burlesco en carta á los redactores de LA ILUSTRACION con varios rasgos sueltos de otras sobre la falsificación del Buscapié que Adolfo de Castro nos quiere vender como de Cervantes. Madrid, imprenta de la viuda de Burgos, año 1851. Este escrito fué el último que salió de su pluma.

Retirado en Toledo, y viviendo en su posesion rodeado siempre de libros y papeles, pasaba sus dias tranquilamente, cuando sin que haya podido averiguar el objeto, pasó á los baños de Bellús, partido de Játiva, en la provincia de Valencia, por el estío de 1852, y acometido de una violenta enfermedad, murió en Alcoy en setiembre del

mismo año *ab intestato*, y habiendo recibido únicamente el sacramento de la Extrema-uncion, si bien se dice que murió penitente.

Fué D. Bartolomé Gallardo desde su juventud muy dado al estudio y muy ávido de instruccion; pero tan buen gusto como adquirió en literatura, tan malo se le formó en materias filosóficas, pues hubo de dar con los libros que tan en boga estaban en su tiempo de los filósofos franceses, en cuyas máximas y doctrina se imbuyó de tal modo, que las profesó toda su vida, y aun vino á dar en errores todavía mas graves que los que sostenia aquella por fortuna ya prosenta y desacreditada escuela; en lo qual ni manifestaba buen juicio ni tampoco buen corazon, y era lastima ver cómo discurría para salvar en su absurdo sistema algunos puntos fundamentales de filosofía moral. Estas opiniones, que no á todos dejaba traslucir, y que disminuaba en sus escritos, no combatiendo jamás los dogmas de la religion para pasar por creyente, dan mala idea de su ingenuidad; pues el hombre, ó no debe ponerse en el caso de manifestar las creencias que profesa, ó si se pone no debe disimularlas, siendo en su concepto buenas como se supone, y si tener bastante resolucion y fortaleza para confesarlas, conducta de que han dado ejemplo los secuaces fieles de todas las religiones y sectas, y aun los filósofos del gentilismo; pero D. Bartolomé Gallardo no tenia bastante valor para obrar así, pues conocia las consecuencias que podria traerle su incredulidad, mayormente en ciertos tiempos, y tenia que aparentar lo que no era. Compárense los rasgos que dejaba escapar en sus escritos en materias tocantes á la religion con lo que dice en su defensa del *Diccionario crítico-burlesco*, y su descubrirá la mayor simulacion y la mas refinada hipocresia.

Era D. Bartolomé Gallardo de genio áspero y acre, inclinado á criticar, zaherir y motejar las fallas ajenas, y en literatura intolerante y descontentadizo hasta el extremo aun de sus propios escritos, y rara vez encontraba motivo para aplaudir las obras ajenas ni los talentos de otros literatos. Si tribulaba algunos elogios, rara vez eran completos; siempre hallaba por algun capítulo motivo de censura. De los contemporáneos solo celebraba á D. Juan Nicasio Gallego como poeta, á D. Antonio Capmany como hablista y filólogo, y al duclor

5 DE JUNIO DE 1855.

D. Ignacio María Ruiz de Luzuriaga como bibliófilo y erudito. Podría sospecharse en esta falta de diligencia era efecto de envidia, al ver que otros con más ó menos perfección daban algunas obras á luz, al mismo tiempo que él no publicaba ninguna, lo que, si no se atribuye á un inevitable optimismo, no sabemos á qué otra causa se puede atribuir. Su propensión á la maleficencia no perdonaba á sus amigos, si así se les llama, los que mantenían con él correspondencia literaria; por cuyas razones no tuvo el buen nombre y el aprecio general que se adquieren los hombres de sus conocimientos, y murió sin el honor de haber pertenecido á corporación alguna literaria.

Ha sido censurado D. Bartolomé Gallardo en estos últimos tiempos por lo que ha dejado de hacer, es decir, por las obras que pudo dar á luz en provecho y honor de nuestra literatura y no lo hizo, habiéndose contentado con publicar algunos folletos que son las únicas producciones que salieron de su pluma. Este cargo es muy fundado. Después de haber empleado su larga vida en estudiar nuestra literatura y descubrir muchos de sus ignorados tesoros, aprovechando cuantas ocasiones se le ofrecían, murió sin haber publicado obra alguna interesante y de consideración. Los folletos que dió á luz prueban muy bien lo que hubiera podido hacer: *se sigue leonora*; y si damos crédito á lo que él decía, y en parte vimos, obras tenía trabajadas, ó trabajaba, que hubieran honrado las letras españolas, y conquistado á su autor un lugar preeminente entre los escritores de nuestro siglo. Podó, combalando con su tesón y perseverancia á toda prueba, haber vuelto á trabajar algunas de las obras que perdió el día 13 de junio de 1823 en Sevilla, y así creíamos nosotros que lo hubiera hecho, pues estando en Cazul del Rio se ocupaba en la composición de su gran *Diccionario de la lengua castellana* de que ya en 1820 tenía compuestos mas de 150,000 artículos. Podó al menos, si obras propias de gran estudio no, haber dado á luz alguna rica colección de las de nuestros poetas líricos ó dramáticos, ó otras análogas, y nada hizo, sin que con toda certeza podamos indicar el motivo. Acaso sus circunstancias particulares ó algunos inconvenientes, aunque fuesen de capricho, que él encontraba como la omnimoda perfección, fuéron causa de que sus tareas ningún provecho diesen á la literatura nacional. Por esto es de notar que sin más títulos que sus folletos, así por las *coyunturas* públicas en que se publicaron, como por sus chistes y castizo lenguaje, haya adquirido una gran celebridad y un nombre eterno, aunque manchado con sus licenciosas ideas y su atrevida maleficencia.

Más dicho también que necesitaba mucho tiempo para trabajar lo que escribió, y que su lenguaje es anticuado y rebuscado con cuidadoso afán en las vidas de los santos y en los romancesos.

El primer cargo es por lo menos exagerado, pues aunque se conceda que Gallardo gastaba más tiempo que otros escritores en componer y fiar sus escritos, y también que no tuviese tanta facilidad, ni fuese ningún *fo-presta*, no era tan tarde y premioso como dicen sus contrarios. Mas supongamos que esto fuese así: en nada rebaja la opinión de su talento, de su instrucción y extraordinaria laboriosidad, en la cual hay muy pocos que le igualen. Para graduar el mérito de un escritor ó de una ciencia, no sería justo ni discreto preguntar el tiempo que se había invertido en ejecutarlos. Por otra parte, lo que á la literatura nacional importaba, no era que invirtiese mucho ó poco tiempo en escribir sus obras, sino que estas fuesen de mérito; y de buena gana perdonáramos el defecto que á Gallardo se atribuye á todo escritor, con tal que escribiese como él. *Sal cilo si sal bene*, podríamos decir en este caso.

Vengamos á la censura por el capítulo del lenguaje, que es la más infundada que se le podía hacer, y prueba en los que la han articulado la más grosera y supina ignorancia de la literatura española y de la riqueza y hermosura de nuestro idioma. El ningún estudio que hace el común de los escritores para aprenderlo á fondo, contentándose con el caudal usual y corriente que no basta para expresarse con propiedad y exactitud en los varios asuntos que se les ofrece tratar, es causa de que sea perdida su riqueza, debe como saben los que saben, en que alguna idioma ni vivo ni muerto le hace ventaja, de lo que dan testimonio los Diccionarios y el crecido número de escritores de los buenos tiempos de nuestra literatura. Despreciado como inútil este rico caudal que ofrece al puebló la más peregrina copia de colores, tintas y matices para pintar todos los objetos y perspectivas de la naturaleza real y fantástica, física é intelectual, el idioma castellano no puede menos de aparecer pobre menajado por la turba mucha de los escritores secretarios de nuestro siglo. Gallardo, que conocía muy bien este mal desde su juventud, procuró evitarlo, y lo consiguió á fuerza de estudio, y está, claro es que no puede haberse sino en los buenos libros antiguos.

El confuso hábito que adquirió leyendo las obras de nuestros recientes escritores (1) llegó á formar un dicción tan propia, castiza

y robusta, y por lo tanto tan diversa de la que se usa en el día, que no encontramos ninguna que comparárasele pueda. Sin que sea aventurado el juicio, nos atrevemos á asegurar que desde la restauración de las letras en España á mediados del pasado siglo, no ha habido en ella un escritor que haya poseído mas á fondo la lengua castellana. Porque en efecto, ¿habrá alguno sólidamente instruido en nuestra lengua y literatura, que oponga la dicción feja, descolorida y deslavada de nuestros escritores contemporáneos á la vigorosa, brillante y sustanciosa de los autores antiguos, de la que era la de Gallardo el mas perfecto traslado? El conde de Toreno, juez no incompetente en la materia, decía que Gallardo escribía la lengua castellana con pureza y casto: la misma junta censoria de Cádiz que calificó su *Diccionario crítico-histórico*, y no era amigo de Gallardo, concedía á este agudo ingenio, castizo lenguaje é interesante título; y otros escritores distinguidos han sentido del mismo modo. No era el lenguaje de Gallardo un amontonamiento de voces anticuadas, no; era el discreto maridaje de las palabras, desusadas ó proscritas malamente y sin autoridad, sí, pero muy significativas y necesarias, y de los mudamos y gaitas frases ya desconocidas con las voces y giros adoptados modernamente por nuestra lengua, de lo que resultó el lenguaje llevado á su mayor perfección posible. ¿Palabras anticuadas de vidas de santos! dicen. Puede darse ignorancia mas ridícula que la de los que así hablan de todo lo que no tiene el brillo de flamante y de novísimo, y son tan necios que creen que no pueden ser buenos en sentido literario los libros que contienen vidas de santos? Digan lo que to les antoje los hastardos críticos, que faltos de buenos estudios y sin mas instrucción que la que han adquirido en cuatro ó seis libros franceses malos ó buenos, no han invertido una semana en las tareas á que Gallardo se dedicaba; continuamente; los que quieren conciliar la disipación del tiempo y la indolente apatía con el crédito de hombres de letras, los violetos en fin, que son los que se han querido erigir en censores de D. Bartolomé Gallardo.

Para hacer ver la propiedad con que se expresaba este, no queremos dejar de poner aquí un ejemplo. En la página 3 de los *Cuatro palmistanos* dice así: «Y como ensuto una y otra lengua (la francesa y la española) como ramas, ó injertos al menos, de una misma cepa más se acercan á su tronco mas parecidas son, no es ponderable el número de floridas elegancias que desalentadamente chopadan del español como extraño y nocivo *marbajo*.» Póngase en este periodo *cepitan ó cercenon* en vez de *chopadan*, y *desperdiccio* en vez de *marbajo*, y se verá desaparecer su propiedad y su significativa energía.

Sus conocimientos en nuestra literatura eran profundos, lo que reconocen todos los que trataron á Gallardo y son competentes para juzgar en este punto. En el número 303 del *Español* del año 1826, tratando del crítico, se dice lo siguiente: «Nos encontraremos ligeramente á un hecho solo, y es á los datos que el señor Gallardo presenta en manifestación del profundo conocimiento que él solo quisó poseer en el día de nuestra *Hibernia é historia literaria*, conocimiento adquirido á fuerza de trabajo incansable y de aplicación variada, incapaz de apreciarse debidamente en este tiempo en que la ridícula traducción de una mexicana memoria ó la servil adopción de un pensamiento extranjero, bastan entre nosotros para que cualquiera se capte el nombre de filólogo ó bibliófilo consumado, ó de literato aventajadísimo.»

Entre los estudios de Gallardo, debemos contar los que empleó sobre nuestra prosodia: en esta materia hizo trabajos que admirarían al hombre mas laborioso é incansable, de lo que solo ha salido á luz que sepamos un curioso artículo sobre el *asonante en nuestra poesía castellana*, y sería de desear que se publicase, si existe, lo demás que escribió sobre esta materia.

Quiso introducir una nueva ortografía que ha sido censurada repetidas veces, y en nuestro juicio, con mayor severidad que merece. Si se considera desapasionadamente las innovaciones que introdujo, se echará de ver que no eran tan arbitrarias ó infundadas, y son más fáciles como alguno de sus contrarios ha escrito. Su sistema de ortografía estaba reducido á suprimir la *w* líquida, sustituir la *x* á la *c* en algunos casos, dividir las voces compuestas y las encilladas con guión para indicar su composición; acentuar las dicciones escrupulosamente sin omitir la diéresis para dividir los diptongos ó la concurrencia de vocales en el fin de una dicción y principio de otra, y finalmente poner punto en medio de la línea cuando indica abreviatura, y en la parte inferior cuando terminación de período.

El catálogo de los escritos de Gallardo es el que sigue:

*Historia crítica del ingenio español*. Tenia material para seis

(1) El conde de Toreno, de aquellos lectores de voltería, que como pájaros de trapo se derriban aquí y allá, y sin hacer apenas más que menear

algunas hojas, se dejan al fin lo mejor del libro inédito. Cuando se quiere de color sacar un libro por sus méritos, sólo basta clamarlo sin distinción de verde ni rojo; habiéndose borrado sin dejar letra que leer; aprobación, lazo, de los eruditos, por lo delicatísimo, licencioso, privilegio del rey (si se le da); en fin, y con el mismo hábito desde la antipetrida hasta el (sus deo).

abultados tomos en que los puntos mas característicos de nuestra literatura, romancería y teatro podian ya darse á la prensa.

*Un romancero y un cancionero*, con sus correspondientes disertaciones sobre este género de composiciones, á las cuales servian de comprobantes diez ó doce cancioneros, y sobre treinta romanceros impresos con mas de cuatro mil romances de mas ó menos mérito.

*El Pindo español*, coleccion de poesías castellanas antiguas y modernas, inéditas muchas, y de las editas no pocas corregidas y enmendadas segun las variantes que de si arrojan los originales, copias manuscritas, é impresiones antiguas y modernas. Componia diez ó doce tomos.

Un *Teatro antiguo español* y su historia critica escrita antes de emprender Moratin la suya, y con mayor ensanche y latitud de plan, ideas y criterio.

*La Constanza*, farsa de Castillejo. Descifróla por primera vez Don Bartolomé Gallardo de los horrones del original que se conservaba en la biblioteca de San Lorenzo del Escorial, lo que nadie habia podido hacer antes.

*Vida de Tirso de Molina*, que habia de acompañar á la comedia inédita y desconocida de este florido ingenio titulada *La pena de los enamorados*.

*El ingenioso caballero (1) D. Quijote de la Mancha*, ilustrado de nuevo como igualmente la vida de su autor.

*Diccionario autorizado de la lengua castellana.*

*Diccionario ideo-pático español*, ó *tesoro de las voces y frases que posee la lengua española para la expresion de los afectos, conceptos é ideas*; con autoridades de nuestros clásicos.

*Prosodia, ó arte rítmica española.*

Además tenia varios juguetes y travesuras de ingenio, algunos en verso, como

*El triunfo del rosario*, poema burlesco en dos cantos en sesta rima. El título de este poema da que sospechar que fuese composicion no muy piadosa.

*El coloquio de las camisas, ó las camisas parlantes.*

*El verde gaban ó el rey en berlina*, poema joco-serio en sestillas. De este se imprimió en Londres un episodio en el periódico titulado *El portugués* que publicaba el doctor Roeha (2).

Para muestra de la diccion prosaica de Gallardo, vamos á presentar únicamente un párrafo del folleto titulado *Cuatro palmetazos*, que es el que sigue:

«Ya no hay Pirineos. Este gran dicho de hiperbólico énfasis que, levantando valles y allanando montes presenta á la fantasia derribado por los suelos el antemural inmenso, medianil entre dos grandes naciones, fronterizas y contrapuestas en mas de un sentido; si en todos no ha logrado su real efecto, va teniéndole ya casi cabal en lo que toca á lenguaje. Parte es esta, en verdad, de aquella galana utopia con que algunos platónicos politicones imaginan reducible la inmensidad del linaje humano á una sola familia casera, sujeta á una ley y á una lengua: (*et legis et labii unitas*.)

Mil y mil plumas parecé como que á competencia trabajan en España, mas há de un siglo, en amoldar la lengua española á la francesa. ¡Singular empeño por mi vida! La lengua «sonora como la plata y grave (á dicho de un sabio francés) como la danza de la nautica que la habla»; la lengua que, como el brazo valiente sus conquististas, dilató su imperio mas allá de los últimos términos del mundo conocido; la lengua de los discretos y de las damas de toda Europa, cuando en todas las cortes de ella brillaba el acero y la bizarría española; — pretender esclavizar á uno de los dialectos mas insignificantes y cacófonos que abortó la bella lengua del Lazio en la confusion babilónica que indujeron en el mediodia los Bárbaros del Norte! — ¡Notable descuerdo, vuelvo á decir, que el piano reciba el tono de un caramillo! porque, cierto, comparar con la castellana la lengua francesa, se me antoja lo mismo que comparar con un órgano un chiflo de estrador.»

No careció Gallardo de talento para la poesia; y aunque escritas como por humorada y sin pretensiones de merecer el nombre de poeta, dejó algunas pocas composiciones muy lindas, de las cuales se han publicado dos recientemente en el SEMANARIO PINTORESCO, y sin embargo queremos insertar aqui como muestra la siguiente:

### BLANCA-FLOR.

#### CANCION ROMANTICA.

«¿A qué es puertas y ventanas  
cerrar con tanto rigor;

si de par en par yo abiertas  
tengo las del corazón?  
Así con su madre á solas  
lamenta su reclusion  
la bella niña cenceña,  
la del quebrado color:  
de amargo llanto los ojos  
el pecho lleno de amor,  
y de par en par abiertas  
las puertas del corazón.

¡Madre, la mi madre, madre,  
madre de mi corazón!  
Nunca yo al mundo naciera  
pues tan sin ventura soy!  
Atended á las mis cuñitas,  
habed de mi compasion;  
y de par en par abridme  
las puertas del corazón.

«Yo me levantara un día  
cuando canta el ruiseñor,

mes era de las flores,  
á regar las del balcón:  
un caballero pasara  
y me dijo: ¡Blanca-flor!  
Y de en par en par abridme  
las puertas del corazón.»

«Si Blanca, su decir dulce  
colorada me paró.

Yo callé, pero miréle;  
¡Nunca le mirara yo!  
Que de aquel negro mirar  
me abrasó en llamas de amor;  
y de par en par le abri  
las puertas del corazón.

Otro día á la alborada  
me cantara esta cancion:  
¿Dónde estás, la blanca niña,  
blanco de mi corazón?  
En laud con cuerdas de oro  
y de regalado son,  
que de par en par me abriera  
las puertas del corazón.

El es gallardo y gentil,  
gala de la discrecion.  
Si parla, encantan sus labios;  
si mira, mata de amor;  
y cual si yo se sol fuera,  
es mi amante girasol;  
y abridme de par en par  
las puertas del corazón.

Yo le quiero bien, mi madre,  
(¡no me lo demande Dios!)  
quírole de buen querer,  
que de otra manera no.  
Si el buen querer es delito,  
mochas las culpadas son;  
que de par en par abrieran  
las puertas del corazón.

Vos, madre, mal advertida,  
me clavais reja y balcón;  
elavád, madre, norabuena,  
mas de esto ós aviso yo:  
cada clavo que clavais  
es una flecha de amor,  
que de par en par me pasa  
las telas del corazón.

Yo os obedezco sumisa  
y no me asomo al balcón.—  
¿Que no habla? yo no hablo.  
¿Que no mire? ¡táño yo?  
Pero que le olvide, madre,  
madre mia, olvidar no;  
que de par en par le abriera  
las puertas del corazón.

En fin vos amásteis, madre,  
señora abuela riñó;  
mas por fin vos os velásteis,  
y á la fin fin nació yo.  
Si vos reñís como abuela,  
yo amo cual amásteis vos.

(1) Así le nombra Gallardo, segun el códice, dice, de Gide-Hamote, no há algo segun el testamento.

(2) Entre los escritos de Gallardo se deben contar algunos artículos que insertó en el *Diccionario de medicina de Balluso*.



al que abrí de par en par  
las puertas del corazón.

Lérida 1.º de mayo de 1833.

L. M. RAMÍREZ y de LAS CASAS-DEZA.

### ARCA DE SAN ISIDRO LABRADOR.

El transcurso de siete siglos, las vicisitudes políticas y los ataques dirigidos á las eremias por escritos perniciosos, circulados con profusión, ya pública, ya clandestinamente, no han podido amenguar el afecto con que mira á su esclarecido patron la noble y leal villa de Madrid. Patria de reyes, de prelados, de sabios y de guerreros, considera sin embargo como su mas honorífico blason la cuna del humilde jornalero, que habiendo ejercido las virtudes en grado heroico, llegó á eclipsar con el brillo de su aureola el esplendor de la púrpura, el prestigio de la ciencia y la gloria que dan laureles inmarcesibles.

Corresponde al justo aprecio que hace Madrid de tan esclarecido hijo la veneracion tributada á los sitios que frecuentó. La cuadra en que guardaba su ganado, la estancia en que ocurrió su dichosa muerte, convertidas ambas en capillas, y la primitiva sepultura, en que fué colocado su bendito cuerpo, son visitadas todos los años con devoción sincera por innumerables personas el día 15 de mayo.

Los escritores que de este siervo de Dios han hablado, forman un catálogo estenso, y acreditan de consuno la singular predileccion de que ha sido objeto nuestro sencillo labrador, desde que pasó á recibir en la mansión de los justos el premio de su ardiente caridad, hasta nuestros días.

En las calamidades públicas los reyes y los pueblos han acudido al sepulcro de Isidro é implorado ante él la proteccion del Altísimo, poniéndole por intercesor; y las desgracias y aflicciones particulares en el mismo sitio han buscado, y no en vano, el consuelo y el remedio.

Es opinion de los mejores criticos, y se halla confirmada por Daniel Papebroquio, el mas sabio entre los eruditos autores de la gran obra titulada comunmente de las Balandas, que S. Isidro pasó á mejor vida por los años de 1150, y el interesante códice de Juan Diácono espresa que permaneció sepultado por espacio de 40 años en el cementerio de la parroquia de San Andrés, cuya arca al presente ocupa la capilla mayor. Los prodigios que acompañaron á la exhumacion del sagrado cuerpo, confirmaron la idea que del siervo de Dios conservaban los honrados moradores de Madrid, y le apellidaron santo, y le escogieron por su protector.

Colocáronle decorosamente en el presbiterio, entre el altar de S. Andrés y el de S. Pedro, cerca del tabernáculo de Aquel que ensalza á los humildes. Era este monumento de piedra; *sepulcrum lapideum* le llama Juan Diácono, que escribió el mencionado códice por los años de 1266 á 1271.

En el mismo siglo XIII, y con posterioridad á dichos años, sustituyó al indicado sepulcro la interesante arca de madera, adornada con pintura, que existe en la parroquia de San Andrés.

Al decir que esta preciosa arca, objeto del presente artículo, fué construída á fines del siglo XIII, nos apartamos del parecer de los modernos escritores Villegas, Marieta, Ortiz, Fr. Nicolás de la Cruz, Dávila, Quintana, Rosell, y otros que suponen haberla donado Alfonso VIII en testimonio de gratitud, persuadido de que S. Isidro fué el hombre rústico, que á él y á los reyes de Aragon y Navarra, sus aliados, se presentó en el campamento de Castro Ferrat, antes de darse la batalla de las Navas de Tolosa.

Alabamos la piedad y buena fé de los modernos autores, que atribuyen á la aparicion de S. Isidro la gloriosísima victoria de las Navas; pero no participamos de su opinion por muchas y convincentes razones.

Hállabase acampado el ejército cristiano en Castro Ferrat, falta de agua y sin poder operar ni permanecer allí. En situacion tan angustiosa, se presentó á los reyes de Castilla, Aragon y Navarra un pastor, que muchos años habia guardado ganado en aquellos ásperos lugares, y dió á conocer un camino por donde las bestias cristianas pasaron fácilmente á las Navas de Tolosa, movimiento que las dió la victoria.

El rey D. Alfonso, llamado *el Bueno y el Noble*, en la carta que escribió al sumo Pontífice Inocencio III, poniendo en su noticia aquel fausto suceso, dice: que cierto rústico guido á los ricos-hombres que llevaban la vanguardia.

El arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada y el prelado de Norona, Arnaldo, que tambien se hallaron en la batalla, no están á S. Isidro; antes bien espresan que el rústico era despreciable por su persona, y ambos le vieron y hablaron. Lejos de poderse aplicar á

S. Isidro aquella circunstancia, los datos que hay prueban que en alma angelical moraba en un cuerpo no menos hermoso que ella.

Euleró é incorrupto aquel, da testimonio de que era muy elevada la estatura de nuestro santo, y estan conformes los autores en decir que tenia bello rostro, confirmando la opinion de todos recibida, los dibujos del arca. ¿Cómo pudo reconocer Alfonso VIII en las facciones de Isidro al feo rústico que guido su ejército?

Los anales toledanos, el abad Alberico B. Lucas de Tuy, é igualmente los demás escritores de los siglos XIII, XIV y XV que hablan de la batalla de las Navas de Tolosa, no mencionan á S. Isidro.

Tres siglos después de haber sucedido aquel gran acontecimiento, se emitió la idea de que el rústico apareció en Castro Ferrat con San Isidro, opinion que abrazaron y defendieron, con mas celo que copia de razones, los modernos escritores anteriormente citados, sin apoyarse en ningún documento coetáneo.

La prueba mas sólida que en apoyo de su parecer alegan, son los himnos que se cantaban á mediados del siglo XIII, y que insertó Juan, Diácono, en su estimable códice.

Ya los reyes, los capitanes y los jueces postran su rodilla ante el cuerpo de S. Isidro, dice uno de los versículos de aquellos himnos. Esto acredita que desde el año de 1170, en que debió ocurrir la ashuacion del santo cuerpo, los reyes, los ricos hombres y todos los magnates de la corte de Castilla visitaban el sepulcro glorioso de San Isidro, en lo que nadie puede poner la menor duda. Respecto á que aludan á la batalla de las Navas los himnos mencionados, no se infiere de ningún versículo.

D. Gaspar Ibáñez de Segovia, marqués de Mondéjar, escritor juicioso y erudito, negó que el pastor á quien se debió el felicísimo triunfo de las Navas fuese el bienaventurado Isidro.

Pellicer y Rosell publicaron varios folletos en el pasado siglo, defendiendo el primero al marqués de Mondéjar, y rebatiéndole el segundo. Hemos leído los escritos de ambos, y adoptamos el parecer de Mondéjar y Pellicer, pues el esclarecido patron de Madrid no necesita glorias prestadas ni dudosas.

Detúnese de las razones alegadas por Pellicer y Rosell, que desde el presbiterio fué trasladado el cuerpo del santo labrador á una capilla, construída y dedicada en su honor, no sabemos cuándo; pero mas bien que en tiempo de Alfonso VIII, á fines del siglo XIII. Fué reedificada por D. Francisco de Vargas, célebre personaje de la corte de Fernando V é Isabel la Católica.

Obtuvo al efecto la competente autorizacion de la Santa Sede, y el obispo D. Gutierre, hijo del citado caballero, colocó de nuevo el cuerpo del santo labrador en el presbiterio de la parroquia, erigiendo á sus espaldas un suntuoso mausoleo. Permaneció en este la insigne reliquia, hasta que levantada la grandiosa actual capilla de San Andrés, ocupó el magnífico balquino de su centro.

Cuidó el obispo D. Gutierre de que se colocase en paraje seguro la interesante arca, adornada con pinturas, que por haber erigido aquel generoso prelado el mausoleo de que hemos hecho mencion, no contenia ya al santo cuerpo, el cual reposó en ella unos doscientos cincuenta años.

Desde el tiempo de D. Gutierre hasta nuestra época, ha sufrido mucho deterioro la preciosa arca, y se halla al presente en mal estado.

Está construída con tablas de pino de grandes dimensiones, tiene su tapa correspondiente, y se halla cubierta por el exterior de una piel fuerte, que adorna pinturas en todo su paramento. Guarnécela una cenefa, y en el centro hay varios intercolumnios con arcos ogivales, llenando los vanos cuadros que representan pasajes de la vida del santo labrador.

En una de ellos aparece la virtuosa Maria de la Cabeza llevando la comida á su esposo que está arando: en otro se ve al caballero Juan de Vargas montado en un caballo blanco. A Maria de la Cabeza se la representa gallarda, joven, alta, bien parecida, y vestida con una sencilla túnica de color encarnado, sobre la que lleva un jubón amarillo, bastante ajustado, y con manga estrecha y larga; las medias son azules y calza sandalias. Una especie de toca cubre toda la cabeza, excepto la cara.

El traje de S. Isidro, no menos curioso, consiste en un sayo algo corto, de color oscuro, con mangas ceñidas, y sujeto en la cintura por medio de una correa. Una capilla de color de rosa que entra por la cabeza y cae por delante y por la espalda hasta los muslos va encima del sayo, y tiene su correspondiente capucha. El calzado es al parecer mas fuerte que el de la santa.

La aureola de los justos adorna la cabeza del esclarecido labrador. facultaron algunos autores en el error de creer que S. Isidro debió hacerse ermitaño en los últimos años de su vida, por ignorar que al vestido con que le representan estas pinturas, le usaban todos los campesinos en los siglos XII y XIII. El traje que en las edificaciones se pone á este santo pertenece al tiempo de la casa de Austria, época de su canonizacion.

Un mendigo descalzo, con tónics encarnada y sobre ella un alborace, habiendo sido socorrido por los bienaventurados espesos, está en actitud de bendecir su humilde y dichosísima vivienda, mansión de la virtud. Sínta la descrita arca en tres lotes de jédena.

Con datos históricos hemos probado que esta arca no pudo ser donada por Alfonso VIII, y considerándola bajo el aspecto artístico, no la corresponde á nuestro parecer mayor antigüedad que el último tercio del siglo XIII; es decir, que han transcurrido mas de 650 años desde que fué labrada.

Si pudiésemos enumerar los enfermos que han hallado el remedio de sus dolencias orando ante esa arca, nos asombrarían los guarismos. Aun humanamente hablando, ¿quién podrá negar que á muchos enfermos la sola fe y el indecible gozo que experimentaban al verse delante del glorioso y venerado sepulcro les bastaban para conseguir la salud? Cálculése el inmenso influjo que ejerce la moral en lo físico, y nadie podrá duda en lo que decimos. Después de haber hecho oración ante esa arca sagrada, ¿qué madre dudaba de la salud de su hijo? ¿Qué labrador temía por el éxito de su cosecha? ¿Qué persona afligida no hallaba consuelo? Por espacio de 200 años esta venerable arca guardó en su reducido ámbito el remedio de todos los males, el amparo de los débiles, el bálsamo consolador que restituía la calma á los corazones atribulados.

La restauracion de este objeto, por muchos conceptos preciso, está proyectada; y si el ayuntamiento la realizase, prestaría un señalado servicio á la religion, á la historia y á las artes.

JOSE MARIÁ DE EGUREN.

## ROSALIA.

PARTE SEGUNDA.

(Continúa.)

En el jardín encontré ya al médico, que examinaba atentamente una estufa llena de flores y plantas raras, y aproveché la ocasión de preguntarle su pronóstico acerca de la enferma.

Está mala, muy mala, me contestó examinando al mismo tiempo un magnífico nenúfar; yo no le quería aludir al padre, pero es preciso que poco á poco le vayamos preparando. Ningun poder humano puede salvar á esa pobre niña; y lo peor es que ella lo sabe, diferenciándose en esto de la mayor parte de los enfermos de su clase, á quienes sorprende la muerte haciendo proyectos para cuando recobren la salud.

—Yo iba á responderle; pero mirando hácia la quinta vi á Rosalia que desde una ventana me hacía señas con un pañuelo. Inmediatamente me aproximé á aquel sitio; y viéndome cerca de la linda jóven, exclamó: Esperadme que ya bajo.

Con efecto, á los pocos instantes la vi descender por una especie de escalinata que desde las habitaciones principales conduce al jardín, y habiendo corrido á su encuentro, en breve estuve á su lado.

—¿Por qué sales tan temprano? la dije; el frío de la mañana puede haceros daño.

—¿Qué importa, amigo mio! cuando un reo está condenado, hace impunemente todo lo que se le antoja.

—¿Rosalia!

—Además, me interrumpió, vengo bien abrigada, no tengais cuidado.

Yo la di el brazo en silencio. Rosalia me llevó á una plazoleta, en donde había varios bancos de madera, y se sentó en uno indicándome que ocupara un lugar á su lado.

—Mi padre y Santiago duermen todavía, dijo la linda jóven. Os considero desoso de saber el fin de mi relato, y es preciso aprovechar los instantes.

Y tapándose bien con un pañuelo grande que llevaba puesto, comenzó de esta manera:

V.

Ya conocéis á Santiago, por lo que me creo dispensada de enumeraros sus buenas cualidades, y solo os diré que su corazón es mucho mas bello que su figura, inmensamente rico, de noble familia, y perfectamente educado, brilla siempre en todas partes por su esquisitez elegante y por la gracia de su conversacion. Mi padre le conoció en Italia, en donde recibió de él un señalado servicio, y desde entonces le quiere con entrañable afecto.

Quince á veinte días después de haberme reunido con mi padre llegó Santiago á Madrid, y aquel me le presentó, no como un amigo, sino como un hermano á quien debía amar.

Yo le amé en efecto, porque he hallado en pocos hombres tantas ventajas reunidas, y porque era para mí un placer muy fácil obedecer los deseos de mi padre. En cuanto á Santiago, ignora el por qué; mas así que me vió concibió por mí la mas acendrada pasión que nunca desde entonces se ha desmentido. Verdad es que en aquel tiempo estaba yo en muy distinto estado que ahora. La felicidad de haber recobrado á mi padre, la salud que de día en día me animaba, y las galas de que mi natural orgullo me hacia cubrirme, me embellecieron de tal modo que francamente os diré que aun á mi misma me parecia hermosa. Sin embargo, el amor de Santiago es tanto mas apreciable á mis ojos, cuanto que él que siempre ha vivido en los mejores círculos, no ha encontrado en ellos segun me ha dicho una mujer que pueda comparármeme: hermosa que no lo es al salir de sus labores, pero á la que yo no doy mi asentimiento como me haréis la justicia de creer.

Me amó pues Santiago, y no tardó en declarármelo á mi padre, á quien este amor llenó de gozo, como os podréis figurar, sabiendo las buenas prendas del distinguido jóven. En cuanto á mí, al conocer su pasión, creí participar de ella, no con la vehemencia con que en otro tiempo había sentido este afecto, causa de todas mis desdichas, y Rosalia suspiró, sino con un sentimiento mas tranquilo, exento de ese ardor, de esa ansiedad que en otra época había abrasado mi alma; de modo que al hablarme mi padre de las esperanzas de aquel respecto á mí, no opondé obstáculo alguno á sus proyectos de matrimonio.

Santiago ya me había declarado su amor con tanta vehemencia, con tanto respeto, con tan viva ansiedad, que mi corazón conmovido al contacto de aquella pasión tan verdaderamente sentida, recobró al parecer el fuego y la necesidad de cariño que ha sido siempre la fuente de mi vida. Los recuerdos de mis desdichados amores y del hombre que tan cruelmente había pagado mi ternura, me atormentaban aun; pero sin violencia ni amargura, como la memoria de un sueño penoso y nada mas; así al menos lo creía yo entonces... ¡Ah! ¡plagüera á Dios que no me hubiese equivocado!

—¿Cómo, Rosalia! la interrumpí sin poder contenerme. ¿Será posible? ¿Amareis aun...

—¡Oh! perdonadme, amigo mio, perdonadme, exclamó la pobre jóven. ¡Soy tan desgraciada!

Y sollozando se cubrió el rostro con su blanco pañuelo.

Al verla en aquel estado recordé estos dos versos de un poema no publicado aun, pero que lo ha sido últimamente:

¡Un corazón valiente y generoso  
soló á amores de muerte da cabida!

Y disculpé aquel funesto extravío de un alma, afortunadamente sin igual.

Ya mas segura Rosalia, prosiguió su relato en estos términos:

—Obtenido mi consentimiento, mi padre fijó la época de mi enlace con Santiago para el próximo mes de mayo, que ahora acaba de pasar; pues en el tiempo que faltaba (estábamos entonces en diciembre) se restablecería enteramente mi salud y podrian hacerse algunos preparativos. Antes de que pasaran las cosas mas adelante, determiné aliviar á mi corazón de un grave peso, poniendo al mismo tiempo á prueba la pasion de mi prometido. En consecuencia, y no sin haberme costado un gran esfuerzo, declaré á Santiago por escrito (que de palabra nunca lo hubiera hecho) mis funestos amores y todas mis faltas sin ocultarle cosa alguna. El noble jóven tuvo la delicadeza de escribirme tambien antes de verme, y su carta es un modelo de pasion, donde me disculpa del modo mas ingenioso, asegurándome que mi declaracion aumentaba, si era posible, la ternura que hácia mí sentia. Desde este momento comprendí su alma generosa, y se redobló el cariño y aprecio que me inspiraba. Orgullosa de su amor, mimada por él y por mi padre, con la certidumbre de haber cumplido mi deber, y tranquila respecto al porvenir, pasé dias muy felices... pero muy breves, como todos los de mi vida.

La pobre jóven enmudeció, y haciendo un esfuerzo doloroso iba á proseguir. Entonces yo la rogué que no se fatigase mas; pero ella, sin hacerme caso, continuó de esta manera:

—Transcurrieron cerca de dos meses, pasados en una felicidad íntima haciendo proyectos para el porvenir, y esperando la primavera. Llegó el Carnaval, y una noche, noche á ciaga que destruyó en un momento todas mis risueñas esperanzas, se empeñaron mi padre y Santiago en que les acompañase un rato al baile de máscaras del Teatro Real. Yo accedí á sus deseos sin presentir el golpe que me amenazaba; y me puse un capuchon y una careta, que al calor hizo que me quitara á pocos instantes de estar en el salon. Aunque vinieron á invitar me repetidas veces, no bailé, permaneciendo constantemente al lado de mi padre; pero en un momento que este y Santiago hablaban con un célebre cantante que habían conocido en Italia, escuché á mi un máscara envuelto en un dominó, y fingiendo la voz me dijo:



— ¿Querrá bailar conmigo Rosalía el honor de bailar conmigo?  
Al oír estas palabras quedé sorprendida, y habiendo inútilmente tratado de reconocer á aquella persona que salía mi nombre, rehusé.  
— Yo ruego á Rosalía que no sea tan cruel, repuso el músico, si quiera en atención á los buenos recuerdos de... Pamplona.

Un rayo no me hubiera causado mayor impresión. En aquella memoria, ó mas bien grosero insulto, reconocí al enmascarado, y esperpénticamente una amistad tan íntima, tan dolorosa, que me privó de sentido y no supe lo que fué de mí en mucho tiempo... Cuando me resolví, prosiguió la pobre niña vaciando su emoción, estubo en mi cama, rodeada de mi padre, de Santiago y de los criados que me prodigaban auxilios, y la saage que manchaba las almohadas me hizo conocer que habia tenido un vómito copioso...

— Tal fué la causa de mi recaída; desde aquel momento comprendí que mi corazón habia estallado, y una mezcla extraña de odio, de amor y de desprecio hacía el hombre que dos veces me ha robado la vida y la felicidad, me atormentó durante muchos días. Inútiles han sido desde entonces los esfuerzos de la ciencia, y los que yo misma he hecho para vencer mi enfermedad: esta ha ido cada vez en aumento, reduciéndome al estado en que me veis.

— Mi padre, cediendo á un capricho mío, ha comprado esta quinta que se ha vendido al mismo tiempo que todos los bienes libres de la marquesa de E., mi antigua bienhechora, que ha muerto, y en el pasado mes de mayo nos trasladamos aquí, donde espero morir en medio de mis queridos campos...

— Restame solo hablar de una circunstancia cuyo resultado es para mí casi evidente. Durante mi última recaída Santiago estuvo para conmigo tan tierno, tan cuidadoso como siempre; pero la hallé sombrío y preocupado. Después, no bien me restablecí un poco, pretesto un viaje á Francia cuya verdadera causa he creído luego comprender. Con efecto partió, y precisamente al mismo tiempo que recibimos una carta en que nos decía que se hallaba algo indispuesto, del ya en un periódico, con referencia á otro de París, un duelo verificado entre dos jóvenes españoles de distinción, en el que uno habia quedado herido en un brazo y el otro muerto...

Rosalía cesó de hablar, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó abstraída en sus pensamientos. Los ojos eran tan tristes que no me permitieron pronunciar una sola palabra. Luego la desdichado joven se levantó maquinalmente, se apoyó en mi brazo, y nos dirigimos en silencio hacia la quinta.

## VI.

Quince días después, el 4 de junio, fecha que no olvidaré en mi vida, nos hallábamos reunidos Rosalía, su padre, Santiago y yo en un cedador del jardín donde este último tenía sus armas y sus libros.

Eran las diez de la mañana, y el tiempo estaba fresco y spacible á consecuencia de la lluvia de la noche anterior.

La pobre joven, sumamente decaída, y que con trabajo habia podido llegar hasta aquel sitio, miraba con distracción al jardín, sobre cuyas plantas y flores brillaban aun algunas gotas de D. Lorenzo, agobiado por un abatimiento que en vano trataba de disimular, sentado al lado de su hija, parecia querer leer en su rostro los días de vida que le restaban; y en cuanto á Santiago, me bastará decir que estaba tan pálido y desmejorado como la misma enferma. En medio de aquellas tres personas tan desgraciadas pensaba ya en esa especie de sarcasmo de la fatalidad que con frecuencia hiera á los seres mas dignos y mas profundamente dolidos por la fortuna; y en vano trataba de animar la conversación.

De repente, y como queriendo distraerse de sus pensamientos, me propuso Santiago que tirásemos un rato al florero, y tomando dos de los muchos que estaban colgados de la pared, nos salimos á una plazuela contigua al cedador.

Antes de entregarnos á nuestro ejercicio, para hacerlo con mas desembarazo, nos quitamos nuestros gabanes de tela, y Santiago se abrió las mangas de la camisa, preparándose para comenzar; mas súbito vimos que Rosalía, que habia observado nuestros movimientos con cierto interés, cayó desvanecida en los brazos de su padre.

Este desmayo, único que habia tenido durante su enfermedad, nos llenó de consternación, y tomándola en nuestros brazos la trasladamos á la quinta. A pocos momentos volvió en sí, y señalándose á Santiago, que aun tenia alzadas las mangas de la camisa, me dijo en voz baja: mirad su brazo, y habiéndolo yo mirado, advertí una profunda cicatriz que me lo explicó todo. La infeliz niña habia creído ver desvanecidas sus dudas respecto á la muerte de Enrique, al observar la señal de aquella herida.

De este modo comenzó aquel funesto día. En el resto de la mañana notamos en Rosalía ciertos trastornos que á mí me llenó de inquietud. El médico, que tres días antes habia regresado á Madrid, juzgando inútil su permanencia, me habia dicho al despedirse que en

muchos casos el último síntoma de la enfermedad de la desdichada niña era una especie de reacción, y yo comenzaba á admitir esta especie de reacción en Rosalía. Sus ojos apesadados iban recobrando un brillo y una limpidez admirable. La tos y la fatiga habian cesado enteramente, y al silencio habitual de la enferma sucedió una locuacidad estraña.

Después de comer, ó mejor dicho, de hacer que comiésemos, Rosalía nos rogó que la esperásemos en su habitación predilecta, que era la sala en donde dias antes me habia hecho su narración, y se hizo conducir al oratorio de la quinta, permaneciendo allí cerca de una hora, después de la cual vino á reunirse con nosotros.

Su padre la oía y la dejaba hacer en silencio; su sensibilidad parecia agotada: el infeliz ni aun se atrevía á participar sus temores.

Santiago estaba sombrío y al parecer resignado. En cuanto á mí, hacia tiempo que esperaba el último golpe.

Rosalía hizo conducir una butaca al terrazo de la quinta, y nos pidió que nos sentásemos á su lado. Desde este sitio la vista domina un tamenso espacio, y con dificultad podría hallarse un panorama mas bello. Un río estrecho, pero de mucha corriente, pasa al lado del edificio, y después de recorrer una gran estension va á perderse entre dos altísimos cerros que al fin del horizonte se descubren. Sus aguas claras y sosegadas, ya se ocultan á intervalos entre las sinuosidades del terreno y entre las umbras de la rica vegetación que bordea sus márgenes, ó brillan de trecho en trecho formando esos efectos de luz que han sido siempre la desesperación de los mas grandes pintores. A la izquierda una cordillera de montañas, en cuyo declive venen trozos sembrados de olivos y viñedos de vides, separados unos de otros por cercas formadas de guijarros, limitan la perspectiva, haciendo un contraste extraño con la risueña llanura que en el opuesto lado se descubre. En ella estan situados dos pequeños pueblecillos, en uno de los cuales ejerció Rosalía su oficio de porquera, y en el espacio que media entre el mas distante y la quinta se despliegan dos vegas fertilísimas que el río fecunda y separa.

Si á la hermosura de esta naturaleza muda, permitiésemos esa frase, se aumenta la animación, el movimiento de tantos millares de seres, esos rumores del pájaro que vuela, del insecto que bulle sobre la grama, del corderillo que llama á su madre, ese ruido imperceptible del arado rompiendo la tierra, de las esquilas, de las peregrinas vacas que vuelven al establo; los cantos de los leñadores, que en esta armonía universal dejan de ser ruidos y desagradables, y en fin, esos gritos salvajes y plañideros que lanza el ave de rapina desde su nido de rocas, se comprenderá la sublime magnificencia del paisaje que se ofrece á nuestros miradas.

Rosalía, que lo habia admirado embobada durante largo rato, prorumpió en un torrente de lágrimas.

— ¡Dios mio! esclamó, esta es la última explicación de mis faltas! Y luego, notando el movimiento de sobresalto que involuntariamente habíamos hecho, miró á su padre con ternura, y tomando una de sus manos prosiguió:

— Si, padre amado, amigos míos, ¿por qué nos hemos de engañar? Ya no veré las bellezas de la creación mucho tiempo; ya no gozaré de vuestras caricias, y debo morir cuando la vida hubiera podido ser para mí un encanto.

— Calla, Rosalía! me partos el corazón con esas palabras! escúame el triste padre recobrando toda la energía del dolor.

— ¿Y por qué, padre mio? repuso la enferma asustadada. Es cruel, muy cruel, dejar la vida, pues tambien dejamos la esperanza de esa felicidad á la que siempre se aspira en ella... mas por ventura ¿una dicha tan sujeta á mudanzas? ¿y que al cabo se pierda, merezca la illoremos! No, padre mio, yo nunca resignada. ¿Y quién sabe, á pesar de la hermosura del mundo, quién sabe si tal vez muriera feliz á no dejarnos solo y sin consuelo? Y luego yo, padre de mi corazón, tengo mis creencias; sé que no se muere nunca, prosiguió Rosalía, con su dulce voz trémula de ternura; sé que el alma después que se separa del cuerpo sigue amando infinitamente mas, infinitamente mejor que ha amado en la tierra; que toma parte en los gozos y en las tribulaciones de los seres queridos que ha dejado en ella... Y si no, ¿dónde proviene esos vagos presentimientos, esos temores sin causas, esas alegrías repentinas, esos simpatías y esos odios que se revelan en nosotros sin que podamos comprender su causa, mas que de la protección invisible, del cuidado solícito de las almas amigas que relatan por nuestra suerte? ¡Oh padre mio! yo valdré tambien por dios; yo viviré á vuestro lado, prosiguió, dirigiéndose á Santiago y á mí; y cuando dudéis, vagoléis ó temáis, acordaos de Rosalía; que os inspirará buenos y dignos pensamientos.

Rosalía hizo una pausa; luego, como cediendo á una idea repentina, dijo:

— Padre mio, dadme un beso; amigos míos, estrechad mis manos. Y nos tendió las suyas mientras su padre la besaba tiernamente.

Santiago llevó á sus labios la mano de la infeliz niña con todo

fuego de la pasión, y yo estreché la que me ofreció, que estaba seca y ardiente.

—He querido despedirme de vosotros porque la hora se acerca, continuó Rosalia con exaltación; desde ayer he conocido que la muerte me reclama, y he experimentado en mí esa vaguedad de los cuerpos próximos á disolverse... ¡Llorais! repuso notando nuestras lágrimas, tenéis razón: llorad por vosotros, porque el camino de vuestra existencia está sembrado de espinas. Yo leo en vuestro porvenir como en un libro abierto. Tú, pobre padre mio, eres el mas feliz. Tus dias serán breves; la caridad, el cumplimiento de tus deberes, la contemplacion de las obras del señor los llenarán de paz y de resignación; pero ellos, padre mio, ellos... ¡cuánto tienen que sufrir aun! exclamó la jóven mirando á Santiago y á mí con una comiseración profunda...

El ruido de la campana que en la torre del vecino pueblo dió el toque de oraciones, hizo enmudecer á Rosalia, que después, cruzadas las manos, comenzó á orar en voz casi imperceptible. Su padre y nosotros seguimos su ejemplo poniéndonos en pié...

Cuando cesó el toque volvimos á sentarnos, y esperamos á que Rosalia hablara, pero en vano; ni aun percibiamos como antes el ruido de su respiración. Continuaba inmóvil con los ojos cerrados y en la misma actitud, como si rezase todavía...

Entonces, sobresaltado por un horrible presentimiento aquel desdichado padre, se levantó de repente; y estrechando entre las suyas las manos de su hija, lanzó un grito horroroso y cayó sin sentido...

Rosalía estaba muerta.

FLORENCIO MORENO Y GODINO.

ESCENAS DE UN DRAMA INEDITO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA IV.

Alejo y luego Catalina.

MARIA... (Dentro.) ¡ Socorro!  
ALEJO..... ¡ Cielos!  
CAT... (Saliedo.) ¿ No habrá  
quien nos ampare?  
ALEJ..... Señora!...  
CAT..... ¡ Venid! en peligro está  
quien vuestro favor implora,  
y que sin él morirá.  
ALEJ..... ¿ Dónde?...  
CAT..... Seguidme.  
ALEJ..... Yo os sigo...

(Se oye ruido de espadas, y Catalina retrocede con miedo. Alejo se va por la izquierda.)

CAT..... ¡ Ay!  
ALEJ..... Esperad.  
CAT..... Son Alanos,  
que este es su campo. ¡ Oh Dios mio!  
salvada.  
ALEJ... (Dentro.) ¡ Soltad, villanos!  
CAT..... No le abandone su brio.  
¿ Mas qué es esto? Ya cesó  
el rumor.

ESCENA V.

Catalina, Mejo, Maria.

(Alejo sale trayendo en sus brazos á Maria: esta viene desmayada y cubierta con un largo velo.)

ALEJ..... Venid.  
CAT..... ¿ Qué veo!  
¡ en salvo! el cielo me oyó.  
ALEJ..... Alzadla el velo.  
CAT..... ¡ Eso no!  
MAR..... ¡ Ay!  
CAT..... ¿ Me engañó mi deseo?  
¿ No oísteis? Cobrando voy  
aliento.  
MAR..... ¡ Favor!  
CAT..... Calmad

el recelo.

MAR..... ¿ Dónde estoy?  
¿ quién me detiene?  
CAT..... Yo soy.  
MAR..... ¿ Tuvieron de mí piedad?  
CAT..... Sin el favor de un soldado  
que á nuestro socorro vino,  
vuestro fin era llegado.  
MAR..... ¿ Y es?...  
CAT..... Mirad. (Señalando á Alejo.)  
MAR..... ¡ Dios sea loado  
que os trajo por mi camino!  
Acercaos...  
ALEJ..... ¿ Qué me quereis?  
MAR..... Si ese traje no me engaña,  
sin duda pertenecéis  
á los soldados de España,  
y con Roger servireis.  
ALEJ..... Soldado soy de Roger.  
MAR..... Y para recompensaros  
tal favor, ¿ qué debo hacer?  
ALEJ..... ¿ Vos? Nada.  
MAR..... Tengo poder.  
ALEJ..... Oh! no hay para qué cansaros.  
MAR..... Sois modesto.  
CAT..... (Y aun galan.)  
MAR..... ¿ No habeis sufrido reverses  
de la suerte?  
ALEJ..... ¿ A qué ese afán?  
MAR..... En ese bolsillo os dan  
cien escudos genoveses.

(Dando un bolsillo á Catalina: esta se lo presenta á Alejo.)

No es paga, que mas virtud  
presumo de vuestro pecho:  
ofrenda es de gratitud.

CAT..... Tomad.  
ALEJ..... No sé qué sospecho  
de tanta sollicitud.  
Mucho os pesa agradecer:  
escusad la recompensa.  
MAR..... ¿ Os enojais?  
ALEJ..... Puede ser.  
MAR..... Si lo habeis tomado á ofensa,  
yo os quiero satisfacer.  
Perdonad si me engañó  
el traje: os juzgué soldado.  
ALEJ..... ¿ Quién os dice que mintió?  
MAR..... ¿ No sois caballero?  
ALEJ..... No:  
es mas humilde mi estado.  
MAR..... ¿ Cómo! y siendo tan impia...  
tan misera vuestra suerte,  
despreciais la oferta mia:  
¿ y por qué?  
ALEJ..... Preferiria  
mil veces antes la muerte.  
Mas si en dar alguna prenda  
al soldado, os empeñais,  
sin que esto favor se entienda,  
sirva á mi herida de venda  
ese lienzo que ahí llevais.

(Al oír las últimas palabras de Alejo, Maria se dirige hácia él por un impulso involuntario: un momento después se detiene.)

MAR..... ¡ Por salvarme! á tal accion  
tal premio los cielos dan!  
¿ Dónde?...  
ALEJ..... Aquí: siempre aqui son  
(Poniéndose la mano en el pecho.)  
mis heridas! todas van  
derechas al corazon.  
MAR..... Mas si peligrosa fuera...  
ALEJ..... Por mi desventura es leve,  
MAR..... Recompensaros quisiera,  
no así, mas de otra manera,  
como á vuestra accion se debe.  
Conservad, ya que os agrada,  
ese lienzo.  
ALEJ..... Está mi herida

con harto precio pagada.  
 MAR..... No olvidaré que á esa espada  
 debí esta noche la vida;  
 y si os place alguna vez  
 pedir por tan gran servicio  
 el premio, sed vos el juez.  
 ALEJ..... No se dobla mi altivez  
 á tan duro sacrificio.  
 Solo os pidiera, si tanto  
 puedo ser yo venturoso,  
 que descubrais ese encanto  
 que avaro me niega el manto,  
 de su ventura celoso.  
 MAR..... Más me pedís que pensais.  
 ALEJ..... Perdonadme si indiscreto...  
 MAR..... Pero si de mí flais,  
 antes de mucho, os prometo

que cual pedis me veais.  
 ALEJ..... (No sé qué dulce poder  
 hay en su voz!... se estremece  
 mi corazon de placer!)  
 MAR..... Adios quedad: ya amanece,  
 y temo que me han de ver.  
 ALEJ..... Pero sola?  
 (Haciendo ademán de acompañarla.)  
 MAR.... (Con severidad.) Noconsiento  
 que de aquí paseis.  
 ALEJ..... ¿Ya enojos?  
 MAR..... O borrareis desatento  
 el alto merecimiento  
 que os recomienda á mis ojos.  
 ALEJ..... Esa razon me reporta;  
 mas mirad por vuestra vida...  
 MAR..... No, no! la distancia es corta.



Adios quedad, que me importa  
 no ser aquí conocida.

(Vase con Catalina.)

ESCENA VI.

Alejo solo.

¡Estraña muger! no sé  
 qué encanto, qué melodia  
 en esa voz encontré,  
 que á no ser mi amante fé  
 tan firme... ¡vacilaria!  
 Y aunque es hoy la vez primera  
 que escucho y hablo á esta dama,  
 no sé qué estraña quimera  
 toda la razon me altera,  
 todo el corazon me inflama.  
 ¡Deseo! en vano procuras  
 buscar en algun recuerdo  
 la causa de estas locuras!  
 Inútilmente me pierdo

entre vagas conjeturas.

No es ella, ilusion que adoro  
 no es la voz que vertió en paz  
 aquí, de amor un tesoro,  
 con el arrullo sonoro  
 de la paloma torcaz.  
 Es el imperioso acento  
 del que subyuga y domina,  
 y mientras su influjo siento,  
 airado, me da tormento;  
 cariñoso, me fascina.  
 Mas ya moviéndose está  
 el campo: el deber te llama,  
 esclavó! olvidate ya  
 de la misteriosa dama...  
 como ella te olvidará.

(Con tristeza.)

A. GARCÍA GUTIERREZ.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.